

Por los hijos

La sombra de los eucaliptos ya había alcanzado la baranda. Emilio trajo un sillón del interior de la casa, lo ubicó, como todas las tardes, en su sitio preferido y se sentó sin prisa. Ringo, su perro, se echó lentamente a sus pies.

Emilio le acarició la cabeza, y el animal lo miró con sus ojos tristes.

“Amigo mío”, pensó Emilio, “¿Qué vamos a hacer contigo?”

La voz de Maruja, su mujer, llegó desde la cocina:

–¿Quieres tomar algo?

–No, todavía no –respondió él. –Más tarde. Trae una silla y ven a sentarte acá. Corre un airecito lindo.

La casa no era lujosa, pero Emilio estaba contento con ella. La habían comprado tiempo atrás, cuando su hija Claudia, al cumplir sus catorce años, les había dicho que no quería compartir más la habitación con su hermano menor, y quería un dormitorio para ella sola.

“Es razonable”, había dicho Maruja; y Emilio estuvo de acuerdo.

Pero para comprarla habían tenido que pedir una suma grande de dinero al banco, y como arrastraban algunas deudas anteriores, la estaban pagando con un enorme sacrificio. “Siempre es mejor que pagar alquiler”, solían decir. Había sido la culminación del sueño acariciado desde su llegada a Sydney, varios años antes.

El viento comenzó a tararear su vieja melodía en el follaje de los eucaliptos. Emilio volvió a mirar a su perro y pensó nuevamente: “¿Qué vamos a hacer contigo, Ringo?” y continuó con sus meditaciones.

Un año antes Claudia les había anunciado su intención de casarse. Para Emilio y Maruja la noticia fue una mezcla de alegría y desazón, pues su hija era aún muy joven. Conocían a David desde hacía cierto tiempo; era lo que se dice un buen muchacho. Trataron de disuadirla, sin insistir demasiado; habían aprendido que los jóvenes no aceptan los consejos si éstos contradicen sus deseos. Pero para Emilio, la perspectiva de tener que endeudarse más aún, –pues sabían que una boda les traería muchos gastos, – no era nada halagüeña.

“¿Porqué no esperan, por lo menos hasta que Claudia termine algún estudio?”, había dicho Emilio. “Hoy día la mujer necesita tener una carrera o un oficio lo mismo que el hombre... además, pueden ahorrar algo más, y nosotros también”.

Pero no pudieron convencerlos. Ante la perspectiva de que se casaran “por detrás de la iglesia”, dieron su consentimiento.

–Todo sea por los hijos, Emilio –Le había dicho Maruja.

Emilio había tenido que conseguir otro préstamo en una compañía financiera para afrontar los gastos del casamiento. La ceremonia había sido muy linda, con todos sus amigos rodeándoles, y todo hacía pensar que Claudia y David serían felices, y eso era, para ellos, lo más importante.

Y luego, sólo unas semanas después de la boda, el accidente. Fue una tontería; treinta años trabajando con aquellas máquinas. Las conocía como a sus manos. Y fue precisamente un segundo de descuido, cuando la prensa le atrapó la mano derecha. El mecanismo del seguro detuvo la máquina casi al instante, y ello le salvó la vida. Emilio creyó que se desmayaba de dolor. Enseguida sus compañeros llamaron una ambulancia, que lo transportó rápidamente al hospital, donde le operaron de inmediato.

Luego de seis meses de intenso tratamiento, varias operaciones y largas sesiones de fisioterapia, Emilio recuperó el uso de su mano, y hacía un par de meses que estaba trabajando nuevamente. Para él fue como un milagro. Nunca había sido creyente, pero esa vez su mujer lo convenció para que fuera a la Virgen de Lourdes, en la Iglesia de Earlwood, y le prendiera una vela. Y él lo hizo gustoso.

Pero las deudas se habían acumulado. Las mensualidades de la casa, del préstamo por la boda de Claudia, de los muebles que Maruja había querido cambiar para la boda, y del otro préstamo obtenido cuando el accidente, habían alcanzado una suma tal, que Emilio se había visto obligado a conseguir otro trabajo, temprano en las mañanas, limpiando unas oficinas; aún así, el dinero no alcanzaba. El notaba que mes a mes, se iba endeudando más. Su tarjeta de crédito, antes usada sólo para emergencias, estaba ya en el límite.

Emilio se recostó en el sillón y mientras la tarde se aletargaba lentamente, continuó recordando. Su hijo Antonio también había abandonado sus estudios sin terminar la secundaria, y había comenzado a trabajar en un supermercado. De inmediato quiso comprarse un coche, pese a sus escasos 17 años. Al principio Emilio trató de disuadirlo. “Trata de ahorrar primero, y luego te lo compras al contado. Un auto te trae muchos gastos, hijo”, le había dicho, y se había negado a firmar ningún crédito; pero la insistencia de Antonio había traído agrias discusiones familiares; poco a poco, y en honor a la concordia familiar, Emilio fue cediendo, y algunos días después había firmado como garante del préstamo.

–Es por los hijos, Emilio –había dicho Maruja. Y luego había agregado: –Antonio tiene su sueldo. Es un buen chico, y cumplirá con los pagos.

Pero sucedió algo que ellos no esperaban; Antonio perdió su trabajo en el supermercado, por una tontería; el gerente lo pescó andando en su tabla de patinar sobre ruedas en horas de trabajo, y lo despidió en el acto. Había sido una niñería, pero el gerente no toleraba esas cosas.

Emilio se levantó de su sillón, se acercó al borde de la baranda para observar un pájaro que se había posado en una rama cercana. El viento había cesado. Por un momento tuvo rememoranzas de su propia niñez, pues la casa donde se crió, allá en la patria lejana, también estaba rodeada de árboles y

el perseguir los pájaros armado de su honda, había sido uno de sus pasatiempos preferidos. El ave voló y Emilio volvió a su asiento y continuó con sus cavilaciones.

Recordó que una semana antes, Maruja le había dicho:

–Ha venido un segundo aviso del auto de Antonio. Tiene tres meses de atraso, y si no paga en siete días va a estar en “big trouble”, – Y agregó, extendiéndole el papel: –Mira cuánto es. ¿Qué vamos a hacer?

Emilio comprendió que había sido un error permitir a su hijo comprar un coche sin haber logrado una posición económica más estable, pero ahora ya estaba hecho. Si Antonio no pagaba, él era el responsable. Y si él no pagaba, la compañía financiera recobraría el coche.

Trató de hablar con su hijo sobre el problema, pero éste siempre lo evitaba.

“Tengo que irme ahora, papá, Gerardo me está esperando; hablamos luego”, le decía. Otras veces: “Tengo una *interview* para un trabajo; no puedo llegar tarde; me tengo que ir ya”.

Por las noches, regresaba tan tarde que Emilio se dormía en el sofá esperándolo, y finalmente rendido se iba a la cama.

“¿Qué pasa con esta juventud de hoy?” pensaba. “Yo no le habría hecho algo así a mi padre”.

Dos días antes, cuando ya había decidido aconsejar a su hijo que devolviese el coche, y perdiese todo lo que había pagado, Maruja le había dicho:

–Emilio, tengo que decirte algo; yo tenía guardados 500 dólares para alguna emergencia. Ayer se los dí a Antonio para que los entregue en la cuenta del coche. Creo que cubrirá tres mensualidades.

Emilio no supo si enojarse o alegrarse; pero se sintió algo aliviado, y no regañó a su mujer por haberle ocultado que tenía esos pequeños ahorros.

–De todas maneras le dices que tengo que hablar con él –había dicho.

–Tendrás que esperar, porque se fue con Gerardo a pasar unos días en la *Gold Coast*, –había respondido ella y luego de una pausa había agregado: –Dijo que llamaría de allá y que vuelve el domingo.

Emilio miró hacia la cocina, y se preguntó qué estaría haciendo Maruja. “Talvez estará preparando el té”, pensó. Volvió a mirar a Ringo, y continuó recordando.

El día anterior el perro había aparecido enfermo. La primera en darse cuenta fue Maruja, quien le había dicho:

–Emilio, ¿qué le pasa a Ringo? Mira cómo está. En todo el día no se ha movido de ahí.

El perro temblaba, a pesar de que hacía calor; gemía suavemente y permanecía echado en el mismo lugar. Emilio comprendió que algo no andaba bien.

–Llévalo al Vet, Emilio. ¡Enseguida!

Él no vaciló. Sacó el coche del garage y de inmediato partió con Ringo. Ya en el veterinario, Emilio fue informado que el problema del perro era serio, y que tenía que ser operado antes de 48 horas. Si no se le operaba, debería dársele una inyección de compasión, para “ponerlo a dormir”. El veterinario le anotó en un papel las cifras de ambas opciones. “Ponerlo a dormir” costaría 50 dólares. La operación, casi diez veces más.

–Puede llevarlo a casa. –dijo el profesional. –Déle estas tabletas cada seis horas. Pero antes del sábado hay que operarlo, si no ...

Emilio había vuelto a la casa con los ojos brillosos. Cuando Maruja supo la mala nueva, rompió a llorar desconsoladamente.

Los dos se habían encariñado con el perro. Después de tantos años, era parte de la familia. Cuando Emilio iba a pescar, Ringo le acompañaba; algunas tardes salían los dos a dar largas caminatas y Ringo iba con ellos, feliz y despreocupado. Era un perro manso. Los niños del vecindario jugaban con él y Ringo nunca se enojaba. Era fiel y obediente. Rara vez ladraba; sólo cuando un extraño se acercaba a la casa. Todas las semanas, Maruja lo bañaba, lo cual Ringo parecía disfrutar enormemente. Su alimento eran los restos de comida, y de vez en cuando le compraban “comida de perro” en el supermercado.

Aquella mañana, mientras desayunaban, Maruja le había dicho que de no haberle dado sus ahorros a Antonio, con ellos podrían salvar a Ringo. Y luego ella había agregado:

–No te preocupes. Voy a llamar a Claudia. Ella y David nos prestarán el dinero.

–No puedes hacer eso, –dijo Emilio.

–¿Por qué no? ¡Es mi hija!

–Sí, ya lo sé, –repuso él. – Pero ...

Ante su vacilación, Maruja insistió:

–¿Pero qué, Emilio? ¡Habla!

Luego de unos segundos, él le había confesado, algo avergonzado:

–Es que yo le debo 700 dólares a David. Se los he ido pidiendo de a poco. Y últimamente él me ha estado insinuando que los necesita. No te lo había dicho por no preocuparte...

–¿Y si le pedimos prestado a José y Mercedes? Tú les prestaste dinero una vez, –dijo Maruja esperanzada.

Aquellos eran buenos amigos a quienes conocían desde su llegada, y si podían, los sacarían del paso.

–Bueno, si te parece llámalos –dijo Emilio algo esperanzado. Maruja llamó enseguida.

Pero tampoco sus amigos habían podido ayudarlos. Estaban pasando por dificultades financieras, y ellos mismos estaban considerando pedir un préstamo a Emilio.

Maruja le interrumpió sus recuerdos al salir de la cocina con una bandeja con el té. Comenzó a servirlo lentamente. Mientras lo hacía, adivinó que su marido estaba pensando en Ringo y no habló; se sentía un poco culpable por haberle ocultado a Emilio que tenía aquella pequeña suma de dinero, que había ahorrado guardando un poquito cada mes.

–¡No le hubiera dado el dinero a Antonio! –Era evidente que en todo el día no había olvidado el asunto. Y agregó: –Después de todo, ¡qué me importa que le quiten el auto! ¡Tal vez le harían un favor!

–Bueno, mujer, ya se lo diste. Ahora no tiene remedio. –dijo Emilio. Luego de una pausa agregó en voz baja: –Y pensar que yo no quería un *pet*, ¿recuerdas?

–Sí, ya lo sé. Siempre decías que se sufre mucho cuando se te mueren. ¡Todo por complacer a Antonio! ¡Todo el jaleo que armó para que le comprásemos ese perro, y ahora...!

–Ahora, ¡ni siquiera una caricia le hace!, – dijo Emilio. –Si no lo cuidamos nosotros ...

Se quedaron un rato en silencio. La noticia dada por el veterinario les había abrumado.

–¿Cuándo es el último plazo para operarlo? –preguntó ella.

–Mañana. Si no lo operan mañana, hay que ...

–¡No! –exclamó Maruja. –¡Algo tenemos que hacer!

–¿Qué podemos hacer, Maruja? Ya está ahí la cuenta del teléfono; también la de la luz y la de David Jones. Y la Bankcard ya me mandó un aviso, que no pagué el mes pasado. Y dentro de cuatro semanas tengo la registración de mi auto, y el seguro. ¿De dónde diablos voy a sacar todo ese dinero?

Maruja bajó la cabeza y miró nuevamente a Ringo que aparecía tranquilo. Su lustrosa piel color castaño claro se movía suavemente al ritmo de su respiración. Luego de un momento, Maruja se levantó sollozando y se perdió en el interior de la vivienda.

Emilio acarició nuevamente la cabeza del perro, y miró hacia lo alto. El sol se había perdido detrás de una casa vecina, y el cielo se había puesto rojizo. Emilio no era muy creyente, pero silenciosamente elevó su mirada al cielo e hizo una oración. Sabía que esa noche debía tomar una decisión que no sería nada fácil.

* * *

Al día siguiente, Emilio se preparó para llevar a Ringo al veterinario. Le anunció a Maruja la decisión tomada. Esta no contestó; lentamente se dirigió al costado de la casa y sin decir palabra le abrió la puerta del coche, mientras él transportaba al perro como si fuera un niño y lo colocaba suavemente en el asiento trasero.

Ya en la clínica, el veterinario le preguntó qué había decidido. Emilio lo miró con gravedad y le comunicó que como su situación financiera no se lo permitía, no tenían más remedio que “ponerlo a dormir”. Tenía la secreta y absurda esperanza que el profesional le dijera que no le cobraría la

operación, o que le daría facilidades para pagarla. Pero el veterinario no dijo nada. Sólo lo miró comprensivo, habituado a una situación que había vivido muchas veces.

–¿Quiere usted pasar? –le preguntó a Emilio. –No va a sufrir nada. Sólo se quedará dormido ...

Emilio asintió con la cabeza y entró a la habitación, con Ringo en sus brazos; Maruja le había pedido que él estuviera presente, ya que ella había oído decir que a veces, perros y gatos eran enviados a la Facultad de Veterinaria para hacer experimentos. Emilio la había tranquilizado; él estaría seguro que Ringo pasaba a mejor vida delante suyo.

Lo depositó sobre la mesa, mientras el veterinario preparaba la inyección.

Ringo se echó mansamente. Miró a su dueño con sus ojos tristes. Emilio creyó ver en aquella mirada una súplica, y pensó: “Perdóname, amigo. ¡Tú sabes que no tengo otro remedio!”

El veterinario aplicó la inyección suavemente y con seguridad. El cuerpo de Ringo se fue aflojando lentamente. Fue como si se quedara dormido, mientras Emilio le sostenía la cabeza. “Adiós, buen amigo”, pensó Emilio, y no pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla.

–Ya está –dijo el veterinario. Y luego de un momento, agregó con calma: –¿Quiere que nosotros dispongamos del cuerpo?

–Sí, por favor –contestó Emilio. Sabía que Maruja no podría resistir el verlo. Se secó la lágrima y procuró aparecer compuesto e indiferente. El veterinario, acostumbrado a la situación, actuó en forma comprensiva, y continuó hablándole con calma; sin gran solemnidad, pero dándole al momento la importancia que sabía que para Emilio tenía. Pero éste ya no le oía. Su rostro permanecía impassible, pero por dentro lloraba sin consuelo.

Acarició por última vez la cabeza de Ringo, y salió de la habitación; pagó a la recepcionista que le extendió el recibo, y se alejó sin prisa.

Subió a su coche, con calma encendió el motor, y partió rumbo a su casa. Por el camino pensaba: “¿Qué he hecho, Dios mío? ¡He matado a mi mejor amigo!”.

All llegar encontró a Maruja con los ojos enrojecidos, mirando fotos en las que aparecían sus hijos con Ringo cuando era un cachorro. Ella lo miró interrogante, con la esperanza de que se hubiese producido algún milagro. Al ver el rostro de Emilio, comprendió que todo había pasado, y que Ringo ya no estaba en este mundo.

Emilio se sentó en una silla, puso sus codos sobre la mesa y sostuvo su cabeza con ambas manos. Así permaneció durante un largo rato. El timbre del teléfono lo sacó de su abstracción.

Maruja le pidió:

–Atiende tú. ¡Yo no estoy para nadie! –Y se encerró en el dormitorio.

Emilio levantó el auricular. El típico sonido de una llamada interurbana fue seguido por la voz alegre de su hijo:

–¡Aló, papá! Soy Antonio. ¿Cómo están?

–Bien, hijo. ¿Cómo estás tú? ¿Cuándo vienes?

–Yo estoy lo más bien. Mañana regreso, papá. Hemos pasado unos días estupendos. Tengo novedades. Le vendí el auto a Gerardo. El pagó las mensualidades atrasadas, y me ha pagado la diferencia. Pensé que es una estupidez tener un auto que no puedo mantener. Así que le dices a mamá que mañana, cuando regrese, le devuelvo el dinero que me prestó el otro día. Que no se preocupe. Y lo mismo a ti, papá, si necesitas dinero ... ya sabes ... te puedo prestar. Bueno, tengo que cortar, porque se me acaban las monedas. Los veo mañana por la tarde. ¡Un beso a mamá!
¡Adiós, papá!

Este relato, que pertenece al libro “El manuscrito australiano” (agotado), obtuvo el tercer premio en el concurso anual del Club Español de Sydney en 1990, y está basado en un hecho real.